



Biblioteca es el lugar para los libros que hace espacio a quienes leen

por **Marcio Olmedo Villalobo**

Biblos

La acepción más obvia y tradicional de “libro” se refiere a una tecnología para la lectura en soporte de papel y tinta. Muchos libros hacen una biblioteca. Una biblioteca se llama así porque tiene libros y designa al conjunto de libros que la componen, al recinto donde se acopian, a los estantes que los soportan. Las tres acepciones importan y el significado de cada una varía según su referente. Por ejemplo, la biblioteca como recinto: en una escuela en la que trabajé era un sucucho olvidado y bajo llave al final de un pasillo; en la facultad, un lugar de estudio y consulta, luminoso, habitado y silencioso; sobre una calle céntrica de Córdoba, una solemne institución provincial en una casona.

El espacio de los espacios cerrados obra sobre las cosas (y sobre las personas, potenciales lectores).



Cualquier conjunto —de lo que sea— tiene bordes que definen su cuerpo y su alcance. Los elementos que lo componen tienen algo en común que les otorga “derecho de pertenencia”.

Conozco a un médico, por ejemplo, que en su consultorio tiene una pequeña biblioteca que son dos: en los estantes superiores ubica los libros de medicina; en el inferior, los libros que lee por

placer y curiosidad (novelas, cuentos, historia argentina). Es decir, en cuanto libros, todos están en esos estantes destinados exclusivamente a esos objetos (que no son cualquier clase de papeles), y esa función que se les consagra les otorga a los estantes (que buenamente podrían albergar muñecos de *Star Wars* o bon-sáis) su naturaleza de biblioteca. A su vez, en tanto conjuntos diferenciados, a cada uno le corresponde una u otra ubicación en la biblioteca, pues conforman, en tanto colecciones, *dos* bibliotecas distintas. En síntesis, la biblioteca es una cosa que ocupa *un* lugar; y lo que a simple vista parece materialmente indiferenciado, es en verdad dos cosas que el lector no confunde.



Los estantes de las bibliotecas públicas soportan peso y polvo. En los estantes de filas incompletas, los libros se deslizan y se inclinan, pierden la vertical, se ladean como pidiendo descanso.

Hay estantes en las bibliotecas públicas que son como playas en las que el océano editorial arroja y deposita su resaca. Leo el lomo de un libro, de los que parecen “agotados”: *¿Es Frondizi un nuevo Perón?* Una búsqueda rápida en internet me concede los datos editoriales: el autor es Esteban Rey, un abogado tucumano y militante marxista, “Lucha obrera” el sello, 1957 el año de publicación. O sea, es un libro de “actualidad”, un libro para y del “momento”. Un libro que nació para envejecer a la velocidad de la luz. Vaya uno a saber qué corriente marítima de donaciones condujo un ejemplar de ese insólito título a aquellas latitudes.



Otros libros tienen una leyenda que los distingue: “Prohibida su venta”. Son ejemplares que guardan testimonio de las políticas públicas de fomento del libro y la lectura. Las fechas testifican que hubo gobiernos que las hicieron posibles; los temas y autores, la impronta ideológica que los orientó.

Así, e involuntariamente, las bibliotecas de instituciones educativas se constituyen en archivos documentales de la producción editorial y de políticas públicas (o de la ausencia de estas) de diferentes épocas.



Apología

En la economía de la atención, los dispositivos digitales móviles cuantifican constantemente lo que hacemos. Van adonde vamos, y adonde vamos recolectan datos para devolvernos un espejo fabricado a medida. El *smartphone* suena, se enciende, se alarma, se mueve, incluso. Es una tecnología que nos demanda. Si acaso elegimos leer, la lectura debe ser breve y veloz; otras aplicaciones nos necesitan. Las publicaciones en las redes tienen límites máximos de caracteres. Leer, sí. Pero sin permanecer en una sola lectura.



El libro, el de papel, es un objeto silencioso que prospera en el silencio; no emite señales y de nosotros nada espera; no interrumpe —es incapaz de hacerlo— y es fácilmente interrumpido. No *reclama* nuestra atención: apenas la *requiere* (por completo).



Hipervínculos

Pero cuando se estudia y se lee —con otros— un libro o en torno a él, las afirmaciones anteriores se vuelven relativas. Por ejemplo, el profesor cita: lee en voz alta para demostrar, para rebatir, para ejemplificar. El libro *habla* el idioma de quien lo cita y se identifica con el *sentido* de este último. No es que haya correspondencia entre la palabra del lector y la del libro: no; lo que ocurre es que la palabra del libro circula —oralmente— en el sentido de quien lo cita.



Un trabajo grupal pone a los estudiantes a *hablar* del libro. Pueden aparecer diferencias en las lecturas: gradaciones, intensidades, discrepancias. Y diferencias entre los lectores: leer es relacionar lo que se lee con lo que se ha leído. Es decir, existe una

«biblioteca interior» (o, mejor digamos, internalizada) con la que cada lector establece sus propias relaciones. A la vez, hay lectores —un poco más acá o un poco más allá de esos estantes de la memoria— más propensos a relacionar. Y también: los más locuaces no necesariamente son los más agudos, pero sí los que más a menudo, con la suya, pueden determinar la circulación y la significación de la palabra del libro en tales instancias.



Apología / hipervínculos

Lectura grupal o individual, lectura de estudio, lectura para aprender o saber. Inevitablemente pero afortunadamente, lectura de hipervínculos: de Wikipedia a YouTube, de Google Maps a los PDF. Lectura asistida por la conexión a internet, *smartphone* y *notebook* al servicio del libro. «Su consulta no molesta».



Un lector atento pausa la lectura, pero no su atención. Fija una búsqueda, pero conoce su destino: regresar al libro. Un mapa, una canción, una breve biografía, paisajes sonoros, imágenes del Paraná o del Misisipi. Digresiones en favor de la lectura. Para ampliar, para desplegar su potencial, todo. Lector creativo, lector curioso.

La inquietud en la que arde no lo aparta y, al contrario, lo mantiene apegado a lo que hace.



Leer es perjudicial para la salud

Hace cuatro siglos, un soldado manco escribió la historia jamás imaginada de un lector que, con la percepción completamente alterada por la lectura, emprende temerarias aventuras en compañía de un analfabeto y cuerdo amigo. Los otros amigos, los lectores, realizan el escrutinio de su biblioteca: perdonan y absuelven a unos pocos libros, condenan al fuego a muchos más.



Hace 70 años, un descendiente de una condenada a muerte por brujería que huyó de Salem publicó un relato distópico en el que los libros están prohibidos y los bomberos cumplen la noble tarea de quemarlos. Una sociedad por fuera de la sociedad se encarga de preservarlos en secreto. Comunidad de lectores, lectores-objeto, biblioteca orgánica.

Y de un extremo a otro, lectura amenazante y lectura amenazada. Y lectores que juzgan y condenan, o lectores que resisten y preservan. Siempre, para una cosa u otra, se necesitan varios.



Todos somos lectores, algunos más lectores que otros

Nunca la alfabetización ha llegado a tantas personas. Jamás tantas personas han accedido a la lectura y a la escritura. Internet, en general, y los *smartphones*, en particular, serían impensados sin la lectoescritura. Millones de textos de mensajería por segundo se envían y son leídos. Y los correos electrónicos, y los documentos que adjuntan. Y los posteos de redes sociales: «Escuchó un ruido en la cocina y no vas a creer lo que encontró. Mirá el video en nuestras historias».

En un sentido amplio y generoso, todos somos lectores. En un sentido menos generoso y más restringido...



Librerías, bibliotecas, instituciones educativas, talleres literarios, etcétera... Todos ámbitos comunitarios. Pues, aunque la lectura sea básicamente solitaria, tal vez no haya lector que no tienda “a leer con otros”. ¡Hasta Robinson Crusoe busca en la lectura algo que lo *religue*!





Marcio Adriel Olmedo Villalobo nació en Villa Dolores en 1987. Estudió Letras Modernas en la FFyH, UNC. Reside en Córdoba.

Autoría

Marcio Adriel Olmedo Villalobo

Equipo de producción del ensayo

Corrección literaria: Martín Schuliaquer y Juan Pablo Spinassi

Diseño gráfico: Renata Malpassi y Paula Fernández

Diseño web: Matías Rosini

Serie de álbumes “Fotografías de escuelas: el arte de la observación”

Una propuesta fotográfica que captura escenas en las instituciones educativas de formación docente y reflexiona pedagógicamente sobre ellas.

Esta serie constituye un subproyecto de “Itinerarios en el tiempo. Una cartografía de la formación docente en Córdoba”.

<https://isep-cba.edu.ar/itinerarioseneltiempo>

Dirección: Adriana Fontana

Coordinación general: Luciana Cometto y Luciana Dadone

Coordinación del subproyecto “Fotografías de escuelas: el arte de la observación”: Fabián Iglesias y Mariana Schneider

Cómo citar este material

Olmedo Villalobo, M. y equipos de producción del ISEP. (2024). Biblioteca es el lugar para los libros que hace espacio a quienes leen. *Itinerarios en el Tiempo. Una cartografía de la formación docente en Córdoba*. Para el Instituto Superior de Estudios Pedagógicos, Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba.

Este material está bajo una licencia Creative Commons (CC BY-NC 4.0)



Una cartografía
de la formación docente
en Córdoba



Secretaría
DE INNOVACIÓN,
DESARROLLO PROFESIONAL
Y TECNOLOGÍAS EN EDUCACIÓN

Ministerio de
EDUCACIÓN

